

Esferas de la Biopolítica

De los medios a la mujer en la pornografía

*“Durante milenios, el hombre siguió siendo lo que era para Aristóteles:
un animal viviente y además, capaz de una existencia política;
el hombre moderno es un animal en cuya política
está puesto entredicho su vida de ser viviente”.*

Foucault

ÁNGELA MARÍA BOHÓRQUEZ OVIEDO¹

La sociedad actual ha pasado de contemplar lo eterno e indagar sobre la verdad para aprovechar las formas del poder que se ejercen en la vida diaria. Los cuerpos se han transformado en la relación de fuerzas que regula, emancipa y estabiliza las relaciones sociales. La representación de dichos cuerpos narra y define realidades sociales, políticas, culturales y económicas. Estas ideas concentradas en el concepto de Biopoder, remiten a un poder que llega a administrar la vida del cuerpo individualizado. Aquel que tiene la obligación de adaptarse al sistema, a su eficacia y a su calidad. Sin embargo, para administrar aquellos cuerpos vivientes, en una época enfocada en la homogeneización

y regulación a través del trabajo, en un espacio y tiempo definido, se conduce a la formación de la Biopolítica.

El análisis de Giorgio Agamben en la serie de investigaciones llamada *Homo Sacer*, en la que se dedica a revisar las categorías políticas occidentales iniciadas por Michel Foucault, gira alrededor de la centralidad de la Biopolítica: “como el paradigma histórico y conceptual indispensable para explicar la naturaleza del poder soberano en la modernidad y el rasgo distintivo de lo político en la cultura occidental” (Múnera, 2008, p. 18-19). Un poder que se materializa en dos dimensiones: un poder disciplinario que se cristaliza en las instituciones y está conformado por la tecnología política del cuerpo, como las disciplinas, las técnicas y las estrategias que lo hacen productivo, constitutivo de la Anatomopolítica y un poder de control o seguridad que puede llegar a regular y moldear la vida de las poblaciones en diferentes esferas (Múnera, 2008).

¹ Comunicadora Social y Periodista. Profesora del Área de formación Básica y Disciplinar del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. anmabo@gmail.com

Las ideas de Agamben señalan un sistema de relaciones en las que un poder se vuelve soberano y dominante sobre otro en un tiempo determinado. De manera que la propuesta de este autor italiano gira alrededor de una Biopolítica que es connatural a la vida y que para Foucault, alude a un momento específico que pasa a ser considerado por el poder (Múnera, 2008). La teoría clásica de la soberanía ya señalaba que dicho poder se caracterizaba por el derecho de vida y muerte, “derecho de hacer morir y dejar vivir” (Múnera, 2008). Es así como este poder se ejerce sobre el dominado únicamente en la medida en que pueda decidir matarlo, en una realidad de lo que se ve y se decide que ver. Esta noción de Biopolítica es el resultado de una visión aguda de la transformación del poder en la historia.

Para Foucault, el saber y el poder ordenados en un discurso eran las herramientas ideales para imponer un significado a la realidad, al contrario de lo que el hombre convencional podía pensar. Las prácticas discursivas generan sentidos y definen realidades, como sucede a diario con la información que los medios de comunicación masiva difunden, los cuales apoyados en su poder simbólico, como ya lo anticipaba Foucault, ejercen dominio sobre dominados. Los hechos que se abordan en los medios y en las nuevas tecnologías como la internet, representan una sociedad moderna con un supuesto mundo objetivado de un hombre subjetivado, determinado por su historia y contexto social específico, en el que todo saber implica ejercicios de poder.

Medios y Biopolítica

La revolución mediática refuerza la imagen de la vida de un hombre que se expresa en más que un organismo biológico y anatómico. Le impone utilidad, efectivi-

dad y docilidad, gracias a su constitución, frente a las tendencias de la inmediatez. La comunicación, más allá de estudiar la producción y el consumo cultural a través de los medios como fuentes de representación simbólica (Ángel, 2010), definen un cuerpo que es reducido a una máquina en un sistema cerrado: para el trabajo, para la familia, para la moda, para la religión, entre otros.

Con la Anatomopolítica como primer enfoque del Biopoder, se establecen las técnicas fundamentales para cumplir con su objetivo. Contar con unos cuerpos disciplinados y regulares que juegan en un determinado espacio de poder, materializados en los realities dirigidos por el ojo que todo lo ve, el del Gran Hermano que impone cuerpos que supuestamente requiere la sociedad contemporánea: acrílicos, irreflexivos, indiferentes y con suficientes accidentes de su comportamiento humano para revelar la trama del entorno social y las reglas constitutivas de ritos de interacción (Marc y Picard, 1992). Estos espacios en los que todo se vigila, alimentan el sensacionalismo y las ansias de novedades de una audiencia supuestamente activa al aceptar o rechazar dichos contenidos, pero que no cuenta con un discurso infinito de significados para comprender la dimensión de las situaciones que se difunden a diario (Ángel, 2010).

Gran Hermano Vs. Redes sociales

Ahora el Gran Hermano ha sido desplazado por las redes sociales. Un espacio intangible, pero latente en la vida cotidiana, en la que circulan y se crean imaginarios sociales segundo a segundo. Allí es donde se impone la nueva estabilidad de las relaciones sociales, las disciplinas y las técnicas de un cuerpo que camina en una ciudad virtual incluso

imaginada (Silva, 2003) que sigue las reglas de Facebook y de Twitter. Es la expresión de un hombre que ha convertido su preciada esfera privada en pública en la sociedad de masas, en la que se trabaja o se consume, como representación de la dominación colectiva sobre lo doméstico.

En el caso específico de Colombia, la televisión sigue vigente como un campo de fuerzas que presenta mayor consumo con un 94 por ciento de espectadores por día en Colombia (Asociación Colombiana de Investigación de Medios, 2009), como un universo abierto en cada parrilla de programación para leer la concentración de fenómenos históricos singulares y consolidados en el contexto nacional, desde su propia óptica sobre los discursos de la corrupción, la violencia, la guerra y la pobreza.

Los productos televisivos, así como las redes sociales, imponen un orden del discurso que valida y legitima la autoridad bajo un régimen de miradas que pueden cambiar la manera de ver y de pensar sobre el mundo social. Más allá de las clásicas tareas de los medios de entretener, vigilar el entorno y transmitir herencia social, como lo mencionaba Robert K. Merton (Mattelart, 1997), hoy los medios quedan reducidos a empresas cuya función principal es la representación simbólico-cultural de todo saber que implica poder (Ángel, 2010).

Cuerpos mutilados que se venden y se compran para administrar la vida, la raza, el postcolonialismo en el que se siguen constituyendo discursos, en los que se regula y se prohíbe de forma inteligible. Las figuras del saber inmersas en los medios de comunicación se basan en el deseo particular y se transforman en instituciones con acciones políticas representativas para producir sentidos,

valores y significados de la realidad, en búsqueda de altos índices de sintonía y de preferencia. Son espacios de correlatos que vigilan y castigan, cargados con juicios de hecho o apreciaciones emotivas sobre la vida sentimental, familiar e incluso, sexual. Para George Orwell, en su novela *1984*, el mencionado estado totalitario del Gran Hermano impulsaba el amor infinito y exagerado de los padres hacia los hijos, quienes se convertían en una pieza clave para el juego de la Policía del Pensamiento para alcanzar la perfección deseada. ¿Hoy los medios de comunicación personifican a la Policía del Pensamiento, a la que se le ha otorgado el derecho y el deber de controlar y supervisar las vidas humanas?

En el panorama de *1984* también se abarcaba la vida sexual, pues al estado totalitario le convenía mantenerla con rasgos ortodoxos. Por esta razón, se hablaba de una *Liga Anti Sex* que trabajaba por el mantenimiento total de la vida sexual, incluso en el matrimonio. Este equipo también manejaba la pornografía y se concentraba en evitar que la población rompiera las reglas impuestas sobre la sexualidad. De lo contrario, se les obligaba al suicidio (Orwell, 2007).

Poder soberano del cuerpo femenino

Al seguir la anterior línea del panorama del estado totalitario que propone Orwell en su novela escrita entre 1948 y 1949, el control sobre la sexualidad de los cuerpos de una sociedad masificada también rinde cuentas de otros fenómenos sociales emergentes, como es el caso de la representación de la mujer en la pornografía contemporánea. En estas películas al público se le vende la concepción de una fémina liberada,



pero sometida al yugo masculino durante un acto sexual. Los contenidos sexualmente explícitos no son más que la demostración de una sociedad que sigue sujeta al ideal de una Eva, católica, que induce al pecado, debido a la estética de su cuerpo moldeado por cirugías plásticas según el modelo de vanguardia de belleza. La uniformización de los agentes y de los discursos de dichos contenidos, convierten estos productos fílmicos en árbitros del acceso a la existencia social a través de la vida sexual, que venden como plena y satisfactoria. Por eso, se apoya en sujetos que gozan de reconocimiento por sus capitales culturales, simbólicos o por su posición en la industria para adultos.

Para Mulvey (citada en Curran, Morley y Walkerdine, 1998), la mujer se ha convertido en un sello representativo de la pornografía, como un signo de deseo y temor entre el público, en su mayoría masculino. A partir de los patrones estéticos y mediáticos, la fémina en este campo se ha transformado y ha acep-

tado ser objeto sexual dentro de dicho discurso que promueve la definición y el poder soberano de una industria. El cuerpo femenino que aparenta ser libre, pero que resulta fijo y controlado en su diversidad, regula un orden social, la creación de identidades y las fronteras de la exploración sexual.

El poder sobre el cuerpo femenino que lo transforma en una máquina de sexo y pasión, consolida a la fémina como un objeto efectivo para suplir las necesidades del cuerpo y de la carne masculina, con base en un guión estricto que espera superar el record de ventas. Las demandas de reconocimiento e igualdad de la mujer se reducen a la gestación de nuevos estereotipos culturales. Por lo tanto, hoy la pornografía no solo se limita a connotar experiencias, sino también modelos románticos que rechazaban el sexo como materia prima.

Esta relación mezcla ingredientes culturales que señalan las carencias o las ausencias de los espectadores masculinos.

nos a través de códigos que construyen los personajes en un discurso, por medio del cuerpo de la mujer. La pornografía promueve y constituye la formación de identidades que desean romper las fronteras entre la fantasía y la realidad, pero que le apuestan a una imagen del cuerpo femenino con un objetivo claro: “abastecer a los hombres del mecanismo de defensa contra la castración; la amenaza que planteaba la mujer a través de su diferencia, su falta de pene, debía ser negada a través de su representación como un objeto fetichizado” (Curran, Morley y Walkerdine, 1998, p. 464).

A modo de conclusión

La pornografía ofrece un sexo más franco e incluso más mecánico. El discurso y el ideal de aquella mujer que entrega su cuerpo a la industria para adultos para ser sometida, se debe reemplazar por el de una mujer que sabe que su cuerpo encierra la voluntad de poder de otros. Su participación es activa, es dominante en su juicio, aunque dominada en su interior, pese a que su cuerpo como máquina de trabajo sí se encuentra bajo el mandato de un guión mediático. Sin embargo, esto no ha sido obstáculo para que las féminas entren en el círculo de la producción pornográfica, en el que ha ganado territorio económico y reconocimiento social sobre el hombre.

Como resultado del Biopoder, expresado en Biopolítica, al parecer, la mujer desea consolidar identidades de género en un orden simbólico, con unos ciclos productivos junto con la producción de significados dada su representación de víctima en estos materiales sexuales. La fémina ha decidido con autonomía qué hacer con su cuerpo, con su mente y con su espíritu. Ha descubierto la funcionalidad de la presunta Policía del Pensamiento,

encarnada en los mass media, para aprovechar su figura y su suspicacia carnal. De manera que la formación de la identidad de la mujer tiene un sentido irónico y paradójico a la vez, porque implica una diferencia generalizada respecto a los antiguos y acostumbrados postulados del poder de la sexualidad para ellas. De esta forma, se olvidan los patrones de romanticismo francés vigentes para que entren en contacto con los demás hombres y sobretodo, bajo igualdad de condiciones. No hay espacio para el amor de padre ni de familia.

La mujer logra su meta con la colaboración del hombre para seleccionar los códigos, de acuerdo con las imágenes que hacían parte de ese discurso femenino, en el cual se señalaban aspectos contradictorios de su vida: el dolor y el placer de su determinación para desenvolverse como partícipe activa de un producto pornográfico (Barker y Beezer, 1994). La identificación de la mujer es libre y paralela a la vez con su comportamiento, educación y valores culturales propios del espectador y de su propia actuación en la realidad. La fémina se convierte en material de exportación y en un símbolo sexual exitoso, que incluso le gana mercado estelar y pornográfico al hombre.

Pese a la represión ortodoxa de la sociedad actual, ganan las formas de poder sobre la vida porque la mujer en la pornografía se encuentra dentro de un discurso narrativo brutal en imágenes y voraz en términos lingüísticos para vender sus cuerpos en el espacio público, con derechos y bajo nuevos status económicos en una industria hecha por hombres y para los hombres. ¿Quién mejor que ellas para reconocer la representación que hacen de su cuerpo, de su mente y de su alma al mundo capitalista y mediatizado?

Referencias Bibliográficas

- Asociación Colombiana de Investigación de Medios. (2011). *Estudio general de medios. Estructura de medios 3-2009 estratos 2 al 6*. Extraído el 10 de octubre. Desde http://www.acimcolombia.com/archivos/FILE_DOC_PUBLICACION/CIFRAS%20EGM%20-%20ENERO%202010.pdf
- Ángel, A. (2010). *Modelos para comprender la comunicación*. Manizales, Colombia: Universidad de Manizales.
- Barker M. y Beezer A. (1994). Mirando Dalas: La soap opera y la imaginación melodramática. *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona, España: Paidós.
- Bez, J. (1997, marzo). Erotismo, pornografía y medios. *Revista Chasqui*, (núm. 57). 38-50.
- Curran, J., Morley, D. y Walkerdine, V. (1998). *Estudios Culturales y Comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y postmodernismo*. Barcelona, España: Paidós.
- Foucault, M. (2006). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Marc, E; Picard, D. (1992). *La interacción social*. Barcelona, España: Paidós.
- Mattelart, M; Mattelart, A. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona, España: Paidós.
- Múnera, L. (2008). *Normalidad y excepcionalidad en la política*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional.
- Orwell, G. (2007). *1984*. Barcelona, España: Booket.
- Silva, A. (2003). Estéticas y consumos culturales, imaginarios sociales y estética ciudadana. *Escribanía*, 97-102.

